
EXIGENCIA FILOSÓFICA Y RESTAURACIÓN DE LA METAFÍSICA

VÍCTOR GÓMEZ PIN

LA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA QUE DA SOPORTE A LA FILOSOFÍA
La filosofía, en el sentido radical de la palabra, sólo tiene sentido con base en cierta concepción antropológica cuyo arranque es difícil determinar, pero que tiene cimiento firme en los trabajos de Aristóteles. Confrontado con la interrogación sobre la especificidad de la naturaleza humana y sobre las facultades que caracterizan al hombre como especie animal, Aristóteles sostiene en síntesis que el hombre es un animal marcado por un doble rasgo, de hecho indisociable.

Por un lado la *techne* (técnica a la vez que arte), que arranca la naturaleza a su inmediatez, fertilizando la propia potencialidad de la misma para hacer surgir cosas que no pueden ser resultado de una convergencia ciega de causas, que jamás sin la mediación del hombre hubieran llegado a darse en acto, y que en ocasiones ni siquiera responden a exigencias de conservación de la singular especie animal que las concibe, así los frutos de la *techne* en el sentido de *arte*. La *techne* es, pues, tanto contrapunto de la naturaleza, como abismal culminación de la misma.

Por otro lado, la facultad de efectuar razonamientos (*logismos*), y que entre otras cosas se traduce en inclinación a un aspecto de lo que Aristóteles llama *eidenai*, inclinación a activar la potencia de idear, la potencia de subsumir bajo conceptos y de explorar las posibilidades de las palabras de las que esos conceptos son polo constitutivo, por ejemplo, la forja de metáforas y fórmulas.

Esta doble capacidad marca la naturaleza del animal humano, y dado el vínculo íntimo entre estas potencialidades y la condición lingüística, las inclinaciones determinadas por ambas capacidades del hombre no están lejos de lo que el pensador americano Steven Pinker denomina *instinto de lenguaje*. Si este instinto, en pos de enriquecer aquello que le singulariza es de alguna manera debilitado, cabe entonces decir que el ser humano se haya mutilado en su esencia. El animal humano tiende a nutrir y desplegar sus facultades cognoscitivas y creativas, ni más ni menos que como el águila o el caballo tienden a activar sus capacidades innatas para el vuelo o el galope, lo cual conduce al problema de las condiciones socio-econó-

Departamento de Filosofía. Universidad Autónoma de Barcelona, España. /
victor.gomez@uab.es

micas, políticas o educativas de que tal potencialidad efectivamente se despliegue.

Pues si el hombre piensa *naturalmente*, ¿por qué entonces una persona puede llegar a sentir que el pensar no va con ella, que sólo en la inercia, las costumbres, los hábitos y los elementales placeres a ellos asociados tiene sentido su vida? En buena parte ello es corolario de la brutal ruptura que supone sustituir el ideario de la *paideia*, la educación fertilizadora de las facultades que hacen la riqueza esencial de los humanos, por el imperativo de la *instrucción*, es decir, un compendio de reglas y técnicas que faciliten la adaptación de las facultades del niño a objetivos quizás problemáticos y que han de ser asumidos sin previa sumisión a criterio.

DISPOSICIÓN FILOSÓFICA COMO UNIVERSAL ANTROPOLÓGICO

La pregunta sobre la especificidad de la filosofía, la cual por su cíclico retorno parece a veces constituir el primer interrogante filosófico, se halla vinculada a esta cuestión de la especificidad humana en el seno de la animalidad y su tendencia a la fertilización de sus facultades específicas, aun en circunstancias en las que su uso no está vinculado a finalidades prácticas; interrogaciones que, siendo elementales y precisamente por ello, cabe considerar como universales del espíritu. La filosofía no es, en su esencia, otra cosa que asunción de estas interrogaciones universales.

La filosofía retoma una y otra vez aquello que desde siempre se ha pensado y sigue torturando al pensamiento, ya sea porque nunca ha sido aclarado, ya sea porque la aclaración no ha hecho más que despertar nuevos interrogantes. Obviamente la filosofía se ocupa, asimismo, de todo lo determinante para que la vida de este singular animal que constituimos haya podido surgir en nuestro tiempo.

La disposición filosófica se traduce en interrogaciones muy diversas, algunas concernientes a la moralidad y las costumbres, otras relativas a números o entidades abstractas como las figuras geométricas, también, y quizás en primer lugar, a preguntas relativas a lo denominado por los griegos *physis*, que nosotros vertemos por naturaleza, cuestiones vinculadas a los grandes fenómenos, astrales por ejemplo, y la regularidad que presentan. Quizás no sea ocioso recordar que *metafísica* es, al menos de entrada, una reflexión que conviene abordar con las alforjas suficientemente provistas de datos procedentes de la ciencia física (mera fidelidad a lo que designa bajo tal palabra Andrónico de Rodas). Aunque obviamente, cuando es contemplada a la luz de la física, la interrogación elemental puede hacerse más compleja y alcanzar incluso extremada sofisticación. Ejemplo bien clásico sería la cuestión reabierta con gran acuidad para el Einstein en lucha contra los corolarios filosóficos de la interpretación canónica de la mecánica cuántica.

¿Hay o no hay una realidad física exterior, que seguirá tras mi eventual desaparición y la desaparición de todos los demás humanos, cuya percepción de esa realidad coincide aparentemente con la mía? Los instrumentos para responder en uno u otro sentido a esta pregunta cubren hoy miles y miles de páginas de sesudas revistas filosóficas o científicas, y han sido esgrimidos como armas por algunos de los pensadores más importantes del siglo veinte... pero la pregunta sigue siendo sencillísima y todo el mundo es susceptible de sentirse interpelado por la misma.

TRAS LA FÍSICA... EL METAFÍSICO DE NUESTRA ÉPOCA

El motor de la filosofía no es tanto explorar desconocidos rasgos del mundo como restaurar una actitud ante aspectos (del entorno o de nosotros mismos) que eventualmente pueden ser ya conocidos, pero que no por ello dejan de ser sorprendentes. Sería ocioso para un investigador en física ocuparse a estas alturas de las fórmulas de la relatividad restringida, pero el filósofo que ve en ellas la cristalización de una puesta en tela de juicio de la idea que nos hacemos del mundo, y tiene todo el derecho a seguir hurgando en ellas con vistas a extraer toda su significación. Lo democrático de la filosofía consiste en que todos podemos instalarnos en la actitud filosófica a poco que nos liberemos de las barreras que lo dificultan, en realidad barreras que impiden realizar nuestra naturaleza. La filosofía da, efectivamente, vueltas y vueltas a las cosas. Pero tales vueltas no siempre son coincidentes, lo que se repite no es exactamente lo mismo; la metáfora no sería nunca la del círculo, sino en todo caso la de la espiral.

Y una pregunta inevitable: ¿en qué medida el planteo de interrogantes como el arriba avanzado sobre la realidad del mundo en ausencia de testimonio y medida ha de ser tildado de filosófico, y aun de metafísico? ¿No se ocupa la ciencia de los mismos asuntos?

Quizás un tiempo sí, pero ya no es el caso. Cuando, contra la percepción inmediata, se aventuraban las hipótesis de que la superficie de la Tierra tenía curvatura y de que nuestro astro giraba en torno al Sol, era entonces imposible discernir lo filosófico de lo científico. Entre otras razones porque —como enfatiza el físico Max Born— el debate carecía en su tiempo de toda implicación en el plano de la práctica y sólo estaba motivado por esa desinteresada disposición del pensamiento que coincide con lo afirmado por Aristóteles sobre el asombro como motor de la actitud filosófica.

Después la ciencia se alejó de la filosofía, siendo quizás el momento clave cuando la inducción y la generalización a través de la misma se convierte en criterio legitimador de la actitud científica. En cualquier caso, la ciencia fue construyendo un prodigioso edificio... no siempre acompañada de decidida reflexión, entre otras cosas, no siempre asegurándose bien de la firmeza de los pilares, en parte constituidos por algunos de los postulados ontológicos y epistemológicos que, en una reflexión filosófica,

han de ser objeto de tratamiento. Ciertamente es que hoy, acuciada por sus propias constataciones, la ciencia misma está realizando el retorno a la filosofía, entre otras cosas en razón de que la confianza en la firmeza de los postulados ontológicos que, desde Aristóteles a Einstein, han determinado la percepción de la naturaleza, se derrumba. De este modo, retomando con envidiable conocimiento de causa la cuestión de los principios (contigüidad, individuación, realismo, etcétera) que se daban por supuesto a la hora de practicar su disciplina, los físicos contemporáneos están sentando las bases de una nueva y esplendorosa metafísica.

DISPOSICIÓN FILOSÓFICA Y HUMANISMO

Hay, sin embargo, un segundo aspecto por el cual la disposición filosófica no coincide exactamente con la disposición científica, a saber: la filosofía nunca pierde de vista la causa del hombre. En efecto, lo que llamamos un científico es alguien por definición confundido con el conocimiento objetivo, es un mero representante del sujeto del conocimiento, intercambiable *salva veritate* con cualquier otro. La ciencia no posibilita diferencias subjetivas, porque el objeto homologa a todos los que practican una disciplina en ese *acuerdo* que se designa como resultado científico. Por decirlo en términos de arraigo kantiano: el objeto es quien legisla.

De entrada, la filosofía relativiza el peso de la razón cognoscitiva sosteniendo, con Kant y tantos otros, que alcanzar el conocimiento constituye tan solo uno de los *intereses* de la razón. Modalidad totalmente diferente de la razón sería aquella que se interesa por lo que *debe* hacerse, al haber aun una tercera modalidad que se interesa por lo que es objeto de admiración o repulsa. Esta diversidad de modalidades de la razón deja abierto el problema de si se da, o no, un trasfondo del que todas ellas serían manifestaciones, asunto kantiano sobre el que no puedo aquí entrar, pero que permite al menos una puntualización: la filosofía no pierde de vista que, en cualquiera de sus formas, la actividad de la razón es testimonio de la efectiva y nuclear presencia de ese ser irreductible a su dimensión empírica que denominamos *hombre*. En este sentido, la filosofía es un humanismo. Humanismo al que también está retornando la ciencia (Erwin Schrödinger fue en tal sentido un magnífico precursor) cuando se ve obligada a preguntarse si además de someter la subjetividad a la legislación del objeto, el objeto mismo, es decir, el integrante de la naturaleza cognoscible, no es modificado radicalmente por el hecho de que el humano se vuelca sobre el mismo. Pregunta del científico que es ya una manera de saltar la barrera que le separa del filósofo.

Metafísica, pues, sustentada en los aportes de la ciencia, es decir, contemporánea aproximación a viejos asuntos que siguen provocando esa situación de estupefacción descrita por Aristóteles: "Pues los hombres empiezan y empezaron siempre a filosofar movidos por el asombro..."